

Historia Natural

Juan José Cabedo Torres

Enero de 2008

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Tu sombra ciñe el aire
como un ala que acariciara
la tierra donde yazgo;
tus labios se despiertan
como un hueco de brisa
bajo el sol que limita
el surco de mi cuerpo.
Yo, por mi parte, asciendo
hecho lirio, hecho lluvia
hecho hueso de luz
hacia el cielo donde palpita
la estela de tu cuerpo.

Ay, amor, cuántas huellas,
cuántos cruces, cuántos caminos
orientan el sentido de mis pasos,
cuántas sendas aran el aire,
cuántos conjuros, cuántos sortilegios
para que tu cuerpo se abra a mi boca
como una fruta madurada al sol
de las ramas más altas.

Cuando el beso se roza en la penumbra
como un viento azul en la cumbre nevada
nadie sospecharía
que guardo entre los dientes
una luna sangrante
y un cinturón de estrellas;
cuando te amo en el rostro tembloroso
de las tardes de otoño
nadie adivina que te encuentro
en los brazos dormidos de las nubes;
cuando te deseo en las manos
amables de los sauces
nadie sabe que me amas
en el perfil de un vuelo,
en la sombra alargada de la brisa
en el vientre pulido de las dunas.

La luz se desconcierta
y brota de la tierra
hacia tus ojos que añoran la luna;
allí se hace temblor,
se hace sangre delgada
o vuelo de libélula
que adormece las venas
como un delgado estero
que limita tu cuerpo
de los pies al cabello.
Yo, por mi parte, exploro con la lengua
tu universo estrellado de raíces,
recorro beso a beso
los valles y quebradas
las colinas, los ríos,
las cumbres, los arroyos que confluyen
en el vértice ardiente
donde el tiempo vibra como una rama,
donde la vida se cimbreo y mana
entre un aleteo de espuma
y una inquietante caricia de sombra.

La luna tiene forma de hoz, de diente,
de espiga o de caricia
donde el trigo susurra a los murciélagos
el oscuro latido
del pan y la madera;
luego desciende y se hace en ti
vientre o cintura o piel enrojecida
donde el sol es cabellera de nubes
o acantilado donde anidan
las aves y el silencio.
En lo que a mí concierne,
te amo como se ama la tierra,
como se ama el secreto de la savia
o la sombra del sauce
en las tardes de otoño;
te amo en la distancia que va de mi alma
al centro de las cosas
y en el misterio que encierra
el capullo marchito.
Te amo, y por tu amor me habita la vida,
y siento la noche en la cara;
te amo con calma y sin rodeos:
lo sé porque tu amor abre mis labios
al beso de una bóveda
transparente de sueño.

Son tus venas el delicado
camino de los besos
o la senda que asciende, espuma a espuma
mi corazón marino
hacia el archipiélago de tu pecho.
Se me enredan los dedos en tu cuerpo
como una madre selva
y trepo por tus muslos
con mis manos de hiedra
hasta el vértice terso
donde se humedece el ocaso,
donde la vida se abre al sol
pulido y brillante como un guijarro.
Luego te miro, me asombro a tus ojos
y veo centellear en tus párpados
el misterio del tiempo
que gotea en la tierra
como una yema encendida y sangrienta.

Nadie detiene el agua
que mana de la roca,
nadie atrapa la luz
que cabrillea en tus pestañas,
nadie encalla la aurora
en la ribera que se extiende
sobre el filo dormido de las olas.
Fluye el tiempo como un arroyo verde,
como un curso de amor inevitable
que acerca hojas y ramas,
que te agita en la cara
la sombra de un manzano,
que hace crecer en la piel perfilada
una extraña armonía
de frutos, vientres y horas.
Cae la tarde y te da el sol en la nuca
como una mano amable
que te empuja a la vida,
como una caricia de lirios
que te acoge generosa en sus alas
y te conduce ingrávida
hacia el generoso latido,
hacia esa brisa cordial que acompasa
el tacto de mi mejilla a tu espalda.

No sirve cerrar los ojos cuando amas
ni vale musitar
en el tronco del sauce
palabras misteriosas
de un intrincado criptograma;
de nada vale cuando estás amando
cerrar los poros y apartar los huesos
al aire que se mueve
con alas transparentes,
o negarse al azul que arrulla
el vuelo de las aves;
no sirve para nada
cerrar despacio el alma
y escrutar el interior de los hombros
como si allí durmiera
la fibra más profunda de la grama.
De nada vale en el amor
cerrar el párpado a la noche
y no abrirse a la piedra,
a la savia mineral de los árboles,
y no gritar hasta encender la vida
como un vuelo de alondra sobre el trigo,
y sajar las arterias
para que de ellas brote
como espiga, piedra o estrella,
como el seno lunar de las gacelas,
la savia de la vida.

Crece la raíz hacia el cielo
y germina la luz bajo la tierra
como una semilla que cierra el círculo
donde mi corazón arraiga,
como una hoja que envuelve la mirada
y se posa en los hombros,
como unos labios dibujados
sobre un campo de trigo y amapolas.
Abre el alma y escucha
en el azul sin norte de las olas
las palabras con que las nubes dicen
cómo el amor se extiende por la hierba,
cómo esparce la mariposa
el polen de los días
que perfila la llanura sin tiempo,
cómo el hondo naufragio
despierta del letargo
a los mástiles, a las gavias,
a los mascarones hundidos
en la arena translúcida
donde yacen enterrados los sueños.

La sombra se desprende de los árboles
y flota en la corriente
como un beso de lluvia,
como ese perfil ceniciento
que se forma en la hoguera
cuando el viento aviva las brasas.

La sombra se adelgaza y se desprende
como un cuerpo maduro,
como la caricia del prado
donde la brisa hace sonar
arpegios en la hierba,
donde el pájaro traza con su vuelo
un arabesco de azul y misterio,
un laberinto sin forma ni peso
donde la vida se abre a los amantes
como surco lunar, como astrolabio,
como la última luz
de una tarde de estío.

Amarra tu corazón a mi pecho
y sueña con la niebla
que emana de la tierra
como un vapor verde,
como una mano silenciosa
que abraza los prados
y resbala lentamente
en la espalda del tiempo.

Cuando yo muera quiero que tu mano
se pose en mi cráneo,
que tu aliento y el mío
sean un solo aliento;
quiero sentir en tus dedos el tacto
que me vuelva a la vida,
contemplar en tus ojos
las nubes que atraviesan
el cielo del invierno
como peces gigantes
de un improbable abismo.

Cuando muera quiero mirarte
sin ojos ni pestañas,
oler contigo la tierra mojada,
sentir que en ti rompe la espuma
y vivir en tus labios
como saliva dulce,
como palabra impronunciada,
como una brisa de verano
que mueve el centeno y el trigo.

Sabré así que tanto como he amado
aún palpita en la tierra
porque tú también lo amas.

Cuando tú mueras tenderé tu cuerpo
en la hierba azul de los sueños
que crece en el reverso del costado
y acariciaré el esqueleto de tu alma
con mis manos ligeras.

Entonces enlazaremos los dedos
y pisaremos descalzos la arena
de la playa donde duermen las olas
del mar sin horizontes de la muerte.

Cuando muera me iré sin aspavientos,
pleno de vida y de silencio;
dejaré entreabierta la boca
para que salga de ella
un beso agradecido;
cuando mueras deja abiertos los labios
para que busque entre tus dientes
la luz de tu lengua.

Cuando los dos muramos
nos amaremos con brazos de hierba,
con manos desnudas de sol
con pecho de amapola,
y pasearemos de la mano
por los campos plantados
de viñas y de olivos.

Morir, en nuestro caso,
es vivir en los besos
de los que sienten en sus labios
la pasión de la tierra:
es la dulce condena
de los que se han amado
hasta el tuétano de la muerte.

Nace la luz y respiro su rayos
con los poros que se abren como lirios
al vientre azulado del cielo.

El sol rasga las nubes,
que se separan como un sexo
palpitante y desnudo,
como un arco tensado en rojo,
como el esperma incandescente
que es la sombra de un mundo
de animales antiguos.

Mi pecho se levanta
como un hueso curvado
de versos y de venas,
y brotas en su centro
como un cálido grito
que trepa hasta las ramas
y quiebra de inmediato
el vuelo de los pájaros.

El sol traza su curva hacia el ocaso;
el día se desliza hacia la noche
agazapada en la azotea.

Tú, por tu parte, yaces en la cama
abrazada a los sueños.

Lo sé porque te vibran las pupilas
debajo de los párpados.

Tu sombra se despierta,
levanta la cabeza de la almohada
y camina conmigo a la ventana.

Dentro de tus ojos, mis ojos,
y dentro de los dos una mirada.
Más allá del alféizar,
acodado en el aire,
el tiempo se detiene,
flota un instante y nos envuelve
como una pálida crisálida.
La herida del amor, la de la vida,
la cicatriz intensa
y clara de la muerte
se posan en nuestros hombros
como el finísimo polvo de un ala.

El tiempo se posa en los dedos
como un viento que cimbreo los trigos,
como la mirada que intuye
el azul de los campos
bajo la espiga verde.

La luz se adormece en la tierra
con forma de río o de hueso,
como un corazón donde late
el amor de la savia.

A veces al silencio
le crecen unos ojos,
que remansan las horas,
y las alargan en sombra que absorbe
el lindero del bosque
o el perfil de la fuente donde tiemblan
las vidas diminutas de las hadas.

A veces la vida se para
en un jirón de nube
o en el vuelo de un pájaro
para que yo vuelva a tu vientre
como una caricia de luna,
como la yema que estalla en la rama.

La vida se adensa en tu pecho y brota
como un pezón verde en la charca;
tu mano se posa en mi brazo
como un híbrido de árbol, piedra y vena,
como un hueso asombrado
de tanta carne transparente.

No hay silencio en la mano
que acaricia los prados,
no hay silencio en los árboles
que se aman en silencio,
no hay silencio en la noche
ni en el fondo arenoso de los mares,
no hay silencio en los dedos del que escucha
con la piel abierta a la aurora.
Cuando el mundo se posa
en el vientre del sueño
yo abro los párpados y escucho
el diálogo que entabla la rosa
con el perfil sonoro de tu rostro,
o el canto de las alondras que anidan
como sombras de gárgolas
en el borde azulado de tus ojos.
A veces miro el horizonte
donde el sol de invierno crece
como un disco de bruma,
como la pálida niebla que envuelve
tu talle creciente de luna.
A veces me tumbo en la grama
y siento cómo fluye tu alma
en el dorso de la inmensa llanura.
A veces, cuando acaricio la hierba
y se enreda en mis dedos
ese gesto que roza
la estrella afilada en el agua,

vuelve a mi boca el sabor de tus labios,
y me cubre las manos
el musgo de tu vértice.
A veces me abrazo a una acacia
y escucho en la corteza
el perfil de tus hombros
o cómo se entreteje el cielo
con la espuma delgada
que mana de tus poros
para que así te hermanes
al trigo, al ruiseñor,
a la luz de la tarde
que canta entre los árboles.

La luz tiene sus leyes
y la noche su latido:
la línea que traza el frío
es nítida en la mañana.
No hay aliento en las persianas
barridas por el viento.
La luz tiene sus leyes
y el amor sus símbolos.
Toda la vida planea
en la curva de un seno
sobre el azul pálido
que derrama el invierno.

Levanta con dos dedos
la oblea de mi sueño
y te verás dibujada
con los trazos delgados
de una sangre que altera
el palpito de la luna.

Levanta tu mano y siente
en la corteza fría del mundo
cómo se invierte mi mano
para moldear en la nada
el candor de tu vientre.

La luz late en el borde de la noche;
la sombra se desliza
como un árbol dormido
en el regazo del silencio.
Las cosas, en delicado equilibrio,
se mecen al compás del tiempo.
Mi mano te dibuja
como un manantial de sueño
bajo la piel de la luna.

El dorso de mi mano
fluye bajo los párpados
como un torrente subterráneo
que persigue en la noche
el brillo de tus ojos.
El límite del cuerpo
es la piel del desierto
que te encuentra desnuda
de manos y de labios
Todo es cielo. Todo es silencio.
¿Eres tú estrella?
Cierro los ojos
y estás callada a mi lado.

La noche en doble vertiente
te recibe en sus labios abismales
como tierra transparente que germina
en el hueco de mi pecho.

Crece hacia ti mis brazos
como un árbol de sangre,
como una bóveda de arena
que se mece en mi alma.
Duerme el amor entre mis ramas,
tiembla la luna en las hojas
como una hoz de sueño y agua.

¿Será tu piel el viento
o esta calima blanca
que acaricia la tierra?
¿Será tu nombre un latido
o un golpe de corazón
en el surco del pecho?

Voy persiguiendo el rastro de tu mano
por la cintura inclinada del cielo
y lo encuentro dormido
en el perfil de una palmera
y en la sangre que me araña por dentro
las venas y los huesos.

Emergen de mis labios
dos alas intangibles que acarician
desde otros territorios
tu cuerpo abierto a los labios del alba.

Cuando la piel se me desprende
como la piel que duerme en la infancia
se hacen olas los labios
y a los ojos les crece
una espuma sin párpados
que es una herida de aire,
un cuchillo de luz y brisa
para que entres en mí
como la dulce caricia de un sauce.

No llorará la noche
la crueldad silente de los ojos
mientras haya una luz que se abra
a esa sutil membrana
que envuelve las palabras.
Cuando sólo te siento
como un eco de pasos en la acera,
como huella en el aire,
como silueta transparente
en los bancos el parque,
entras en mi pecho como una sombra
y mis huesos se alargan
como un alga que rodea tu cuerpo,
y espiro el mundo para que en mí seas
encarnación de la luz, piedra ingrávida
o esa vibración que queda en los árboles
cuando se retira la noche.

Mi mano siempre virgen
se deshace en tu frente
como unas sienes que ciñen
la corona del tiempo.
Cuando acercas tus dedos
a mis hombros dormidos
me hago cuerpo si piel
para que ames mis venas.
Mi aliento, por su parte,
acaricia tu rostro
como un brazo extendido
hacia tu alma entreabierta.

La noche se desnuda
de labios y de besos
y se abre como un párpado,
como una sombra herida
en la cintura luminosa
donde anida tu pecho.
Tus ojos son las lágrimas
que devoran mi frente;
tu voz es el silencio
que abre el pozo donde arrima sus huesos
la fatiga del agua.

El amor se refleja en los espejos
como un acorde de luz y de cielo,
como un rumor de vidrios
en el rostro invertido de la noche.
El amor se derrama por las calles
con sigilo de sombra
y me abre en la cadera
un silencio de estrella
que busca en tus pisadas
un rastro de amapolas.
Recuerdo que antes de ser ya eras cintura,
la cintura de un lirio,
y un despertar de pájaros
en la arboleda desnuda de infancia.
No sabía de ti y sin embargo
ya eras inscripción en un muro
y el cuello desgastado de la luna
que se acompasa al ciclo de la vida.

Hay en tu piel mariposas dormidas
que anidan en mi mano,
hay en tus ojos
un silencio sin huellas
que conduce a una infancia
de caminos ingravidos
y fragancia de moras.
No hay descanso en la fragua,
no hay descanso en los dedos
que abraza tu silueta
en el perfil del agua.
Cuando los sueños se llenan de escombros
y el corazón se oxida
yo me aferro a la verdad de tu nuca
que descansa en mi pecho
como un acorde amarillo de nubes,
como una caracola
recostada en un surco
que delata el fondo de un mar
varado tierra adentro.

Tiemblan tus labios brevemente
y al instante brotan los besos
como una tempestad de piedra y cielo
que asola la llanura
donde arden las cosechas.
Dicen que hay sepulturas
donde no yace ningún sueño
y tiernos leopardos
en el costado de los ciervos;
dicen que los hangares
se llenan de la arcilla de los sueños
cuando sangra sobre la tarde
el sexo de las nubes.
Dicen, pero yo sé
que la luna azulada
se agazapa en tus ojos
con un brillo muy puro
de cándida fiereza.

Me resbala en el rostro
el beso de la luna
y respiro en tu pecho
el vuelo de la noche.
Hay un hilo de luz
entrelazando nuestros ojos
y una cálida sombra
que se alondra en tu frente.
Abre tu corazón
al latido terrible de mis manos
y siente el aleteo
del párpado infinito
que crece en tu cintura
cuando apoyas la espalda
en la oscura ribera del crepúsculo.

Hay veces que las manos duelen
de acariciar la vida,
hay veces que los sueños duelen
de caminar despacio
por la nieve sin huellas,
por la grieta desgajada del tiempo
como una herida azul y blanca,
como una flor marchita
en el fondo cenagoso del lago.
A veces también duelen las pupilas
de contemplar la tarde
que tiembla como un prado
donde aún vagan los ecos
de los juegos prohibidos.

Roza el viento los dientes
y entreabre la luz un surco en los labios
cuando buscándome en los árboles
encuentro tu silueta
enredada en las hojas
como un perfil que absorbe
el olor sutil de las nubes
y el leve crujir de la hierba
que crece en las grietas del muro.

¡Qué alegría en la carne
sentir la tierra dentro
como semilla que germina
en cristal de lucero
o en rama que se mece
con el viento nocturno!
Abre tu alma de ventanas salobres
y respira la vida
que se hace mano, espalda, cuello o pecho,
que alarga la sombra de un niño,
que quiebra la espadaña,
que exhala el mador de la hierba
en los prados dorados de la muerte.

Cuando besas mi cuerpo
tu alma se tensa como un mimbre
y mi sangre calibra
la luz de tu cintura.

Tiene mi pecho un aliento
que se deshace en lluvia
sobre las espigas vencidas
del último verano.

La luna cae rodando de la cumbre
y va trazando en la ladera
una grieta con vocación de río.
No hay arcángeles de seis alas
en los ojos de un niño
ni palomas de azufre
en la semilla de los besos,
sólo unas manos repentinas
entrelazadas a la savia,
sólo las yemas de unos dedos
abiertos al silencio de los nardos
y al oscuro latir de las medusas.

Miré la piedra y contemplé mi rostro,
y vi el vacío de agua verde
donde duerme una maro gigantesca
que acaricia la espuma de los mares
o ese hueco que dibuja por dentro
una constelación de huesos descarnados
y un pequeño universo
donde los pies imitan
los pasos silenciosos de la aurora.

Busco en mi piel el dulce rastro
de las aves marinas
y esa caricia que deja en el aire
los abrazos que brotan de los huesos
como cuerpos vencidos,
como montes que el horizonte
azula hacia la tarde.

Busco en la palma de mis manos
la caricia interminable del niño
que camina por la luna afilada
imitando los saltos de la grulla.
Quizá encuentre en mi espalda
el corazón gigante de los ríos
y un cuello de jirafa
donde recostar blandamente
el amor a mí mismo.

Hay pájaros obscenos
que anidan en las piedras y los días,
que se posan y rasgan
el velo polvoriento
donde el olvido y la memoria
confunden sus delgados límites,
donde el tiempo duerme como una lengua
tendida al sol en la orilla del río.

Más allá de la piel,
bajo ese resplandor
que protege la tierra,
fluye la savia de los troncos
y los ríos se yerguen vegetales
como una inmensa vena
que alimenta mis manos,
como un viento nocturno,
como el espejo negro
de un lago sin orillas.

Cuando amarillean los campos
Y en el aire se siente
un presagio de otoño,
cuando la voz descansa en la garganta
antes de retomar el camino,
siempre queda anotada en mi libreta
esta canción que dedico a mí mismo.

Mi cuerpo es montaña de sangre
y un cielo donde los alcaravanes
dibujan con su vuelo
los rumbos de un mar imposible.
Mi frente es una espiga
doblada por el viento.
La vida entra en mí,
la absorbo lentamente,
la encierro tras los párpados
y todo queda dentro
como el viento incendiado del invierno.
Por este lado de la piel circula
un susurro de cielo y hierba,
que es música soñada,
que es resplandor nocturno,
que es pájaro, que es piedra,
que es torrente de labios que aspiran
a abrazar tu cintura
y a abrigar tu corazón que derrama
lágrimas de barro y arena.

Tiene mi alma multitud de esqueletos
y un resplandor de vidrio
varado como un barco
en los esteros de mi cuerpo.
Tienen mis ojos dedos finos
como sueños de sepia
y surca mi piel un arado
que abre tormos de luna
en el grito que enciende tus caderas.
A veces las manos se me hacen pájaros
o un brocal de piedra en el cuello
donde duerme la voz que se desliza
como un deseo silencioso
de musgo y de guijarros.

El cielo es una almohada
y un lecho de piedra para los cuerpos
que laten en las sienas de la noche.

El mar es un hueso de cuarzo
y ese páramo inverso donde trota
la chatarra de todos nuestros sueños.

Mi piel no es un lamento
sino un canto desnudo de corteza
que crece como raíz aérea
hacia el rastro velado de tus huellas.

Cuando me vaya quedarán los besos
como huellas estremecidas de aire,
como un vapor helado
que emana de los huesos.
Cuando me vaya quedarán las manos
como dulcísimas arañas,
como una sombra táctil,
como larguísima pupila
que se cimbreo al compás de las algas.
Cuando me vaya dejaré
mi corazón enlazado a la hiedra,
y se encarnará mi alma
en la doble espalda, que es la frontera
donde se encuentran el cielo, la tierra
y la misteriosa sintaxis
de dos cuerpos que se aman.

Amo con pasión lo que otros amaron
y cuando llegue el tiempo
y hurguen en mis entrañas
los dedos amorosos de la tierra
dejaré en herencia mi cuerpo
a quienes sepan mirar con mis ojos
cómo se enreda la luz en los árboles,
cómo acaricia el trigo
la mano silenciosa de la brisa,
cómo se desplazan las nubes
por la oscura geografía del alma.

El aire se detiene
como una nota que se alarga
para abrazar los cuerpos
enredados en las almohadas.
Las espaldas se yerguen
en la luz del crepúsculo
como una sombra tendida e ingrávida.
El corazón resuena
con la cadencia de un blues muy antiguo
y se hace espejo de montaña
o tenue telaraña
en el vientre encendido de las nubes.
Silencia las manos y escucha:
el tiempo resbala como un guijarro
en el sudor del cráneo.

Una voz que no es mía
hace sonar en mi garganta
un crujido de mástiles
y el rumor de la sima
donde el olvido entierra
los huesos amarillos
de los amantes descarnados.

Unas manos ajenas
arañan la tierra y mueven mis manos
hacia el hueco del aire
que hace un instante ocupaba un cuerpo.

Unos labios helados
como una promesa incumplida
buscan el perfil de mis labios.

Otra boca se abre en la mía
para aspirar la tarde
y esa brisa de álamos
donde se agazapan los alacranes.

Si amo es porque al amar, el cielo
nunca es el mismo cielo,
el patio de mi infancia
siempre es un nuevo patio
y cada amanecer
trae siempre nuevos pájaros.

Si amo es porque al amar
se quiebra mi piel y me vuelvo ingrátido
para observar el mundo en carne viva
y sentir que el día está recién hecho.

Si amo es porque al amar
entro como raíz en tu alma
y me enredo como alga en tu cabello,
y sé que soy porque estás a mi lado,
y sé que eres porque tú también me amas.

Juan José Cabedo Torres